

JORGE HUERGO: HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Gabriel Kaplún

Universidad de la República (Uruguay)

Mediaban los años noventa cuando empecé a oírlo nombrar. El primero que me lo mencionó fue mi padre. Creo que se habían encontrado en algún seminario en La Plata; sé que hubo inmediata sintonía. Creo que fue en el 98 cuando nos vimos por primera vez, él y yo, en un congreso en Sao Paulo; sé que allí nació una interminable amistad personal e intelectual. A partir de allí no dejamos de invitarnos el uno al otro a Montevideo y La Plata, para un curso, un congreso, un encuentro. Mil encuentros.

Recuerdo muy bien el comienzo del primer curso que dio en nuestra Universidad. Con su humor serio y socarrón, que luego conocí largamente, empezó diciendo que venía con ilusión y un poco inhibido, porque sabía que llegaba a un territorio meado por otro perro. Se refería a mi viejo, claro, que ya no estaba pero había dejado su marca en el territorio de la comunicación y la educación. De hecho estaba hablando ese día con muchos de sus exalumnos. Conmigo era más fácil: teníamos casi la misma edad. Aunque yo lo adopté, sin consultarlo, como un hermano mayor: sentí que no había solo un año de diferencia, sino un mundo de experiencia muy grande, muy hondo.

Se ganó el respeto y también el cariño de aquel primer grupo, y luego el de tantos aquí. Por eso cada vez que había algo que nos convocaba, alguien pensaba en convocarlo. “¿Y si lo invitamos a Huergo?”. No siempre pudimos, no siempre pudo, pero siempre estaba. Lo leíamos y dialogábamos con él. Hasta ahora. Esa conversación sigue y seguirá, aunque ya no podamos irnos a tomar un vino al final, para seguir conversando.

Conversar, por ejemplo, sobre los caminos largos de encuentros y desencuentros de la comunicación y la educación, sobre la historia y la geografía de esos cruces. La historización de esa relación me parece una de los aportes más valiosos de Jorge a esta conversación. Desde textos como “Comunicación/Educación. Ámbitos, prácticas y perspectivas” (1997) o “Hacia una genealogía de comunicación/educación” (2005), el trabajo de Jorge nos ayudó a entender y atender las raíces hondas de muchas de nuestras discusiones actuales. Su formación filosófica, probablemente, le permitía bucear hondo en la epistemología de estos vínculos.



Sus textos nos ayudaron también a entender y atender la geografía ancha de las prácticas donde comunicación y educación se encuentran. Prácticas que incluyen a los medios pero que los trascienden ampliamente. Desde las aulas a los hospitales, desde las plazas a los movimientos sociales, comunicación y educación se encuentran y desencuentran permanentemente. Y Jorge nos invitaba a mirar y aprender de esas prácticas, para desbloquear o estimular su potencial transformador.

Prácticas en las que, por cierto, participó activamente y conocía por dentro, desde su experiencia larga en formación docente o en salud, a sus juveniles años de trabajo con cooperativas en Río Negro o con mapuches en Neuquén, el lugar donde fue a morir, como volviendo a los orígenes de los que nunca se había ido. Porque iba del aula académica al taller popular, del ministerio a la escuela secundaria con naturalidad, articulando todo eso en su trabajo cotidiano y en sus textos.

Aunque estábamos siempre en contacto, me faltó verlo y abrazarlo en los últimos tiempos. Una de las últimas veces fue gracias a la invitación al Congreso de Comunicación/Educación que organizó en La Plata, en 2012. Un momento particularmente fermental de su vida, donde estábamos tantos de sus amigos y estaba a punto de empezar uno de sus proyectos más queridos y esperados, el de la Maestría en Comunicación y Educación. Pudimos hablar poco esa vez, porque éramos tantos que el tiempo no le alcanzaba.

Pero yo guardo un especial recuerdo de una de las pocas veces en que trabajamos juntos, coordinando un curso entre los dos. Inventándolo juntos. Fue una de las experiencias pedagógicas y vitales más ricas y creativas que recuerdo. Estuvimos una tarde bloqueados en un diseño inicial que no nos convencía, que sentíamos más una suma de nuestras costumbres que una creación compartida. A cierta altura algo pasó, algo hizo o hicimos, y la magia empezó. Comenzamos a disfrutar de la creación de algo que intuimos pedagógicamente potente. Y que luego confirmamos que lo era, cuando los docentes universitarios con los que trabajamos durante tres intensos días discutieron con pasión y profundidad sus prácticas y concepciones, los contextos y caminos para su transformación. Nos prometimos hacer eso otras veces, en otros lugares, con otra gente. Hacerlo igual y distinto, claro, como distintos son los contextos de cada práctica educativa, de cada momento vital. Pero ya no pudimos, ya no podremos hacerlo juntos.

La última vez que nos vimos fue en mi casa, con vino y asado, creo recordar. La conversación navegó por pasillos universitarios y campos pedagógicos. Por la política de un lado y otro de este río ancho que tanto nos une y nos separa a uruguayos y argentinos. Por las etiquetas en blanco y negro con que solemos catalogarnos y a las que Jorge siempre oponía los muchos colores que tiene la vida. Los colores con que nos regaló su vida y que tanto extrañamos y recordamos. Querido Jorge.

